

JEAN PLAIDY

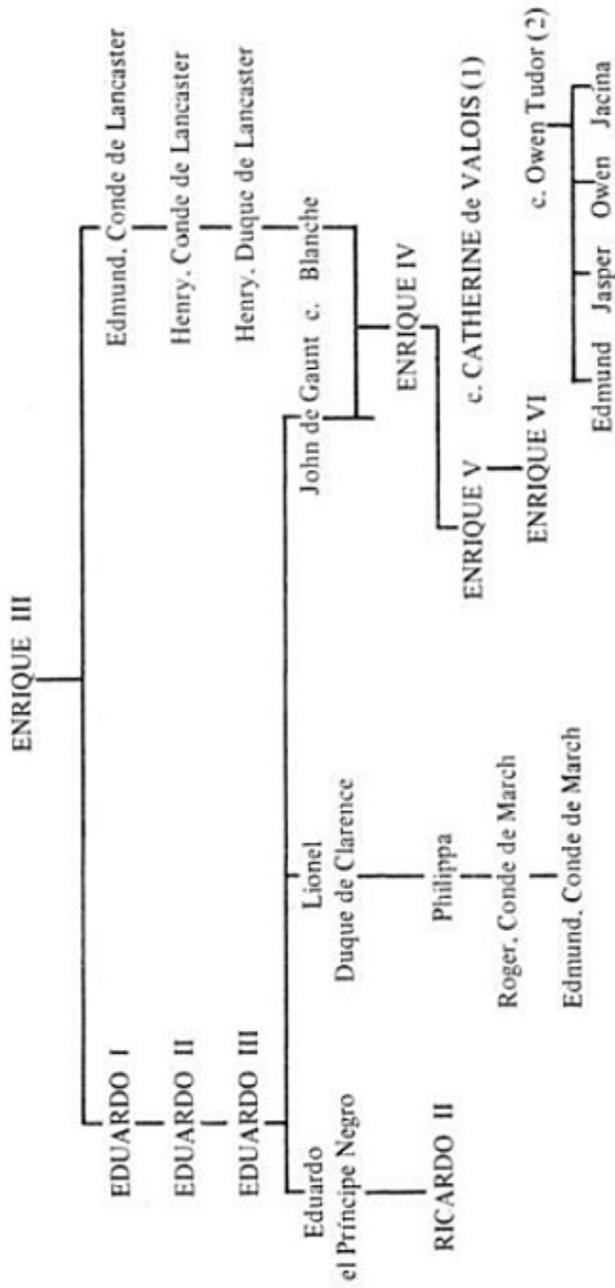
LA ROSA ROJA
DE ANJOU

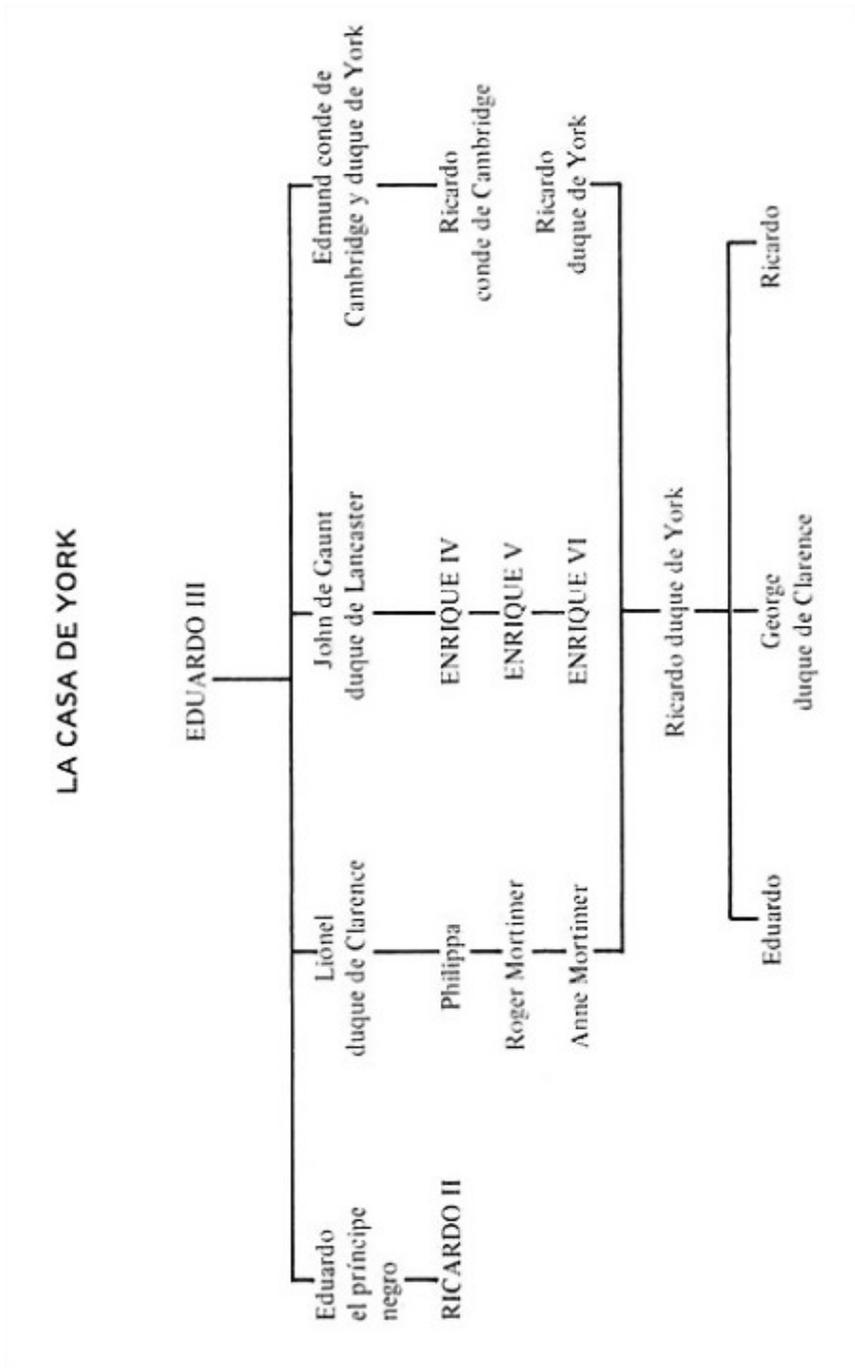
Tan pronto Enrique VI subió al trono, quedó claro que él estaba mejor preparado para la vida monástica que para conducir un país. Por su parte Ricardo, duque de York pensaba que no sólo él sería un mejor rey, sino además que tenía más derechos al trono. Margarita de Anjou vino a Inglaterra y se casó con el rey. Las mujeres de su familia tenían fuerte carácter, y ella no era una excepción. El hombre más poderoso de Inglaterra era el conde de Warwick, llamado el «hacedor de reyes». Él era partidario del duque de York. En esos días tuvo lugar la histórica escena en los jardines del Temple: los partidarios de York arrancaban una rosa blanca y los de Enrique una roja. Eso fue el preludio de la guerra de las dos rosas. El débil Enrique sólo pedía que lo dejaran tranquilo con sus libros y sus oraciones. Hasta que su existencia misma se convirtió en una amenaza y hubo de enfrentar un misterioso final en Wakefield Tower. La escena era dominada por Margarita, reina apasionada, impulsiva, capaz de odiar y amar con toda intensidad. Ella luchó por su hijo hasta el desastre.

LA ROSA ROJA DE ANJOU

Jean Plaidy

LA CASA DE LANCASTER





RENÉ

Los ásperos vientos de marzo azotaban las paredes del castillo de Keure. Las dos mujeres, sentadas una al lado de la otra en la espaciosa habitación, llena de corrientes de aire, se mantenían muy cerca del fuego. Las dos se aplicaban a sus labores de costura.

La mayor se detuvo de golpe y levantó una pequeña prenda de vestir.

–Nunca pensé –dijo– que habríamos de llegar a esto. Un niño está por nacer y aquí me tenéis, en dificultades para encontrar ropa que sea digna de él. ¿Quién podía imaginar que un hijo del rey de Anjou habría de verse en tal situación?

Su compañera levantó una cara extremadamente bella. La expresión era asombrosamente serena para una persona tan joven.

–Toda Francia debe estar preparada a aceptar estas penurias, Teophanie –dijo.

–¡Ah, sí, es fácil para los jóvenes! –fue la respuesta–. Recuerda que yo pasé años al servicio del rey y la reina de Anjou antes de venir aquí. Yo crié a los niños... a todos ellos.

–En realidad no os habéis alejado de la casa.

–No... no... aquí estoy con el señor René y su pequeña familia. ¡Que Dios los guarde! Oh, Agnese, hija mía, cosas muy tremendas están ocurriendo ahora en Francia. Suelo pensar en esa pobre gente de Orleáns.

–Esperemos que les llegue pronto un socorro. Recemos por ellos.

–Se diría que Dios nos ha abandonado. Tú no puedes recordar, Agnese, pero cuando yo era joven la vida era muy tranquila. Y de repente la cosa empezó. Primero fueron los armagnacs que se levantaron contra Borgoña.

–Todavía están en eso –dijo Agnese.

–Pero nuestros verdaderos enemigos son los ingleses. Son ellos quienes están deshaciendo el país. Es por culpa de la guerra... ellos dicen que nos han derrotado y es por esto que yo tengo que preparar estas cositas para el nuevo hijo de nuestra señora Yolanda.

–Puedo imaginar cosas peores –sugirió Agnese.

Y volvió a sumirse en su costura. Pero Teophanie, niñera de los cinco hijos del rey y la reina de Anjou, y transferida ahora al servicio del segundo hijo de los reyes, René, estaba en un estado de ánimo reminiscente.

–René fue siempre mi favorito –dijo ella, como recordando–. Era un niño adorable... y también es un hombre adorable. Le gustaba la poesía... las canciones de los trovadores. La poesía siempre le interesó mucho más que hacer acrobacias con su caballo. Su madre, la reina Yolanda, solía preocuparse. El padre pasaba muy poco tiempo en el castillo. «René prefiere leer libros en vez de derramar sangre, –solía decir–. Perfecto, pero los libros no le servirán para defender sus propiedades si alguien lanza sobre ellas una mirada codiciosa.» «Oh, no os preocupéis, señora, –solía decirle yo–. Cuando llegue el momento el señor sabrá lo que tiene que hacer».

–Es lo que nos hace falta a todos –dijo Agnese–: saber actuar cuando llega el momento.

Teophanie la miró atentamente. Había llegado a considerar a la muchacha como a uno de los niños que estaban a su cuidado.

Agnese había sido puesta allí por su familia, deseosa de que recibiera educación en una casa noble, como tan-

tas otras niñas de buena familia. Era imposible no simpatizar con ella. Era tranquila, sin pretensiones y siempre dispuesta a hacerse útil. Tenía cariño a los niños y Teophanie le agradecía la ayuda que le prestaba en la nursery. Éstos eran muy pequeños: Jean todavía no tenía cuatro años; Louis tenía tres y Yolande sólo contaba dieciocho meses. Yolande había tenido un hermano mellizo, Nicolás, que había muerto a las pocas semanas de nacer. Eran unos críos muy agradables, pensó Teophanie, y la señora todavía era joven. El señor pasaba mucho tiempo lejos, como todos los grandes señores, pero de algún modo se las arreglaban para tener familias numerosas. Teophanie pensaba a veces que el buen Dios se las arreglaba para que estas damas fueran especialmente fértiles, de tal modo que las prolongadas ausencias de sus maridos no perjudicaban la venida de niños al mundo.

La señora Isabelle era todavía muy joven y este nuevo hijo habría de ser el cuarto... en realidad el quinto, de no haber sido por la muerte del pobrecito Nicolás.

Recorrió la habitación con una mirada orgullosa. Éste era uno de los castillos más hermosos de la Lorena y parte de la dote de la señora Isabelle. René había hecho un buen casamiento, pensaba Teophanie. Se había casado con una mujer de carácter fuerte. Lo cierto es que todas las mujeres de esta familia eran muy fuertes... más que los hombres. Teophanie solía pensar que hubiera sido más lógico que los hombres se quedaran en casa y las mujeres salieran a librar batallas. René habría sido un magnífico compañero de los niños, los habría iniciado pacientemente en los deleites de la poesía y la música. En cuanto a Isabelle... era muy fácil imaginarla al frente de los ejércitos para entrar en batalla.

«¿Es ésta una de tus tantas bromas, Señor?» se preguntaba Teophanie. Su fe era simple y solía tener conversaciones con Dios, tratándolo como si fuera un ser humano como los otros, una especie de rey que estaba por supuesto

por encima del rey de Francia, pero no exento de debilidades. Y, como era una niñera, a veces adoptaba un lenguaje de niñera para hablar con Dios.

Naturalmente era un privilegio trabajar para la Casa de Anjou. Sentía mucha admiración por la señora Isabelle, lo mismo que por la señora Yolanda. La señora Yolanda era hija del rey de Aragón y su hija Marie, hermana de René, se había casado con el delfín de Francia.

—Es una pena —dijo Teophanie a Agnese—, el delfín es un pobre ser en todos los sentidos. A veces me da lástima la pobre Marie. Es una buena chica y merecía un destino mejor. ¡Pobre Marie!... Creíamos que iba a llegar a reina... ¿Y dónde está ahora?... Casada con un delfín... que debería ser rey... pero llaman rey de Francia a un niño inglés. Es muy lastimoso cuando las cosas llegan a este punto, Agnese.

Agnese inclinó la cabeza sobre su labor. Se preguntó en qué estaría Marie y cuáles serían sus sentimientos en este conflicto, pues aunque su suegro loco había aceptado a los ingleses y había permitido que su hija Catherine se casara con el rey de Inglaterra, el delfín no estaba de acuerdo y había opuesto resistencia, por muy débil que ésta fuera. Pero tal vez quienes resistían eran las personas que lo rodeaban y que lo utilizaban como una pantalla.

¿Cuál sería el resultado de todo esto? Todo parecía sombrío, más inquietante que los fríos vientos de marzo que soplaban sobre Pont-a-Mousson y azotaban los muros del castillo de Keure.

La situación era tensa en todo el país. Orleáns, la llave del Loire, estaba sitiada desde octubre. En caso de caer, Francia debía renunciar a sus esperanzas de librarse del yugo que los ingleses le habían uncido al pescuezo. Sí, pero ¿cómo podía salvarse? Era pedir un milagro.

«Tú podrías hacerlo, Señor» mascullaba Teophanie. «No está más allá de Tus poderes. Tú puedes mover mon-

tañas. Si puedes hacer eso, ¿por qué no echas a los ingleses de Orleáns?».

De tal modo que todo el país esperaba y también esperaban en el castillo de Pont-a-Mousson.

Pero Dios escuchó el pedido de los habitantes del castillo antes que el pedido del pueblo de Orleáns.

El mismo día en que Teophanie y Agnese estaban sentadas junto al fuego, cosiendo, se iniciaron los dolores de parto de Isabelle. Y el 13 de marzo la castellana dio a luz a una niña en buena salud.

La llamaron Marguerite.

Los tiempos eran malos, sí, pero había que darle un digno bautismo a la niña. Teophanie sacó de algún lado los suntuosos atavíos usados por generaciones de la Casa de Anjou y Marguerite fue bautizada en la catedral de Toul. Sus padrinos fueron el hermano mayor de René, el rey Luis de Nápoles, y su abuela materna, la duquesa de Lorena, cuyo nombre le habían puesto.

Marguerite, beatíficamente ajena a la importancia de la ceremonia, la aceptó con serenidad y a su debido tiempo fue llevada a la nursery en brazos de Teophanie. René estaba a la sazón en el castillo, lo cual era más bien raro. Acababa de recibir el título de duque de Bar a la muerte de su tío abuelo, y esto aumentó en cierto grado sus entradas y su importancia, especialmente porque, junto con el ducado, recibió el marquesado de Pont-a-Mousson. Hasta el momento, en su condición de segundón, sólo había recibido el pequeño condado de Guisa.

René comentó intensamente con Isabelle su cambio de suerte.

—Tal vez pueda hacer ahora un poco por Carlos —dijo.

Isabelle asintió. Como todo el mundo en Francia, avizoraba el futuro con muchas esperanzas. Lo que había ocurrido en Orleáns tenía todos los visos de un milagro. Is-

abelle no estaba del todo segura de creer en los poderes especiales de la campesinita que era guiada por sus voces celestiales. Lo cierto es que esta muchacha había marchado sobre Orleáns y de algún modo había derrotado a los ingleses, salvando así a la ciudad. En consecuencia, Carlos iba a ser ahora coronado en Reims.

Unos pocos meses antes esto no hubiera sido posible. Pero la estrella de Francia había cambiado realmente, y también –extrañamente– la de la familia. René era ahora un hombre de cierta importancia, con medios para juntar hombres y armas. Naturalmente, él quería ponerse ahora al lado de su cuñado y ayudarlo a recobrar todo lo que habían capturado los ingleses.

Se había proclamado partidario de los armagnacs –como lo era el delfín, por supuesto– y esto significaba que, era enemigo del duque de Borgoña, quien al aliarse con los ingleses había provocado el escándalo de todos los auténticos franceses.

–Confío en que no nos pongamos demasiado en contra de Borgoña –dijo Isabelle.

–Borgoña nos desprecia y no nos toma en cuenta –contestó René tranquilizándola.

–Esperemos que sea así, pero creo que está muy consciente de cada uno de los armagnacs y que lo considera su enemigo.

–Borgoña va a cambiar de canción dentro de muy poco, y no me voy a sorprender. La situación ha cambiado, Isabelle. Ha cambiado de un modo milagroso.

–René: estás mareado por la Doncella, como tantos otros.

–Tú también lo estarías si la hubieras visto, Isabelle. La gente se burlaba de ella pero poco a poco ha empezado a verla de un modo diferente. Confío en el juicio de mi madre. En un principio ella se mostraba escéptica, pero cuando trató a la Doncella, cambió de opinión y consiguió que mi hermana también cambiara... aunque a decir ver-

dad no era tan necesario convencer a Marie. También ella empezó a creer en la Doncella.

–Y la mujer del rey y su suegra lo convencieron a él.

–Sí, pero él comprendió inmediatamente que ella tenía ciertos poderes en su interior... algo divino... y, como ves, ha dado resultado. La Doncella ha asustado a los ingleses... no hay otra manera de explicarlo. Aunque teníamos la derrota delante de nosotros, Orleáns se convirtió en una victoria.

–Sólo puedo alegrarme de eso. Y ahora van a coronar a Carlos. Me alegro de que sea así. Después de la ceremonia ya no será sencillamente nuestro delfín, sino nuestro rey.

–La vida va a ser diferente para Francia, ya lo verás... Para nosotros.

–Tal vez signifique que ahora podrás estar más tiempo en casa. Tal vez cuando acabe esta guerra los hombres podrán establecerse con sus familias. Pero todavía no ha terminado, René. El levantamiento del sitio de Orleáns y la coronación del rey no significan que la guerra haya terminado.

–Por cierto que no –contestó René–. Pero ¿quién hubiera creído unos meses atrás que íbamos a obtener este triunfo?

Era cierto. Pero Isabelle, más realista que su marido, sabía que los ingleses no se iban a retirar a causa de una única victoria francesa... por muy espectacular que fuera.

Había mucha agitación en el castillo cuando René se aprestaba a partir para Reims. Incluso los niños fueron conscientes de esto y Jean quiso saber por qué su padre estaba con ellos.

–No se quedará aquí mucho tiempo, señor –dijo Teophanie–. Muy pronto partirá de nuevo. Ahora tiene que poner una corona de oro en la cabeza del rey.

–¿Por qué? –preguntó Jean.

–Porque es el rey.

–Yo también quiero una corona de oro.

–No podéis tenerla, mi pequeño señor, las cosas son así y no diré que lo lamento. Las coronas –murmuró Teophanie más para sí misma que para el niño– nunca traen la felicidad a nadie, por lo que puedo ver.

Jean empezó a hacer pucheros hasta que Agnese lo sentó en su falda y le explicó que las coronas son muy pesadas y que a veces lastiman las cabezas que las sostienen. No debía codiciar una corona. Los que las tenían debían usarlas y a veces no les traían ninguna satisfacción.

Jean se fue a la cama y, sentada junto a él y abrazándolo, Agnese se puso a pensar en el rey.

Lo que había oído de él no era muy favorable. Había producido mala impresión al pueblo y pocos creían en él, fuera de la extravagante campesinita que, según decían, había recibido instrucciones de los cielos para coronarlo y devolverle a Francia.

«El padre estaba loco», decía la gente. Incluso estaban los que decían que era un bastardo, que no era hijo del rey loco. Ahora tenía veintiséis años. «Pero se diría que tiene cuarenta, –era otro comentario–. Es por la clase de vida que lleva. Se dice que las damas de la corte ni lo miran... De manera que tiene que contentarse con sirvientas, que lo reciben de buena gana en sus camas por el honor que eso representa».

Agnese era lo bastante sensata para comprender que estos rumores eran exagerados... aunque tal vez hubiera en ellos una pizca de verdad.

«Su misma madre le dijo que era bastardo... que no era hijo del rey. Dicen que esto lo perturbó aún más que la pérdida del reino». Pobre Carlos, pensó Agnese.

Sin embargo, era esposo y padre. Probablemente encontraba solaz en su familia.

«Los labios son muy gruesos y casi no tiene cejas ni pestañas; ha nacido con la inmensa nariz de los Valois, una nariz como un tubérculo, que afea su cara flácida...».

No, pensó Agnese, no podía ser tan malo como se decía. El señor René le tenía afecto y estaba muy contento de asistir a su coronación. Tal vez pudiera verlo algún día y juzgar por sí misma. Como estaba preparada a ver un monstruo, era posible que recibiera una sorpresa agradable.

Teophanie entró a la habitación y le tomó de los brazos a Jean, que dormía.

–Una corona, sí, una corona. Que Dios te guarde de ella, niño querido –dijo Teophanie, besando la cara dormida.

René ya estaba listo para partir y todo el personal de la casa se había congregado en el patio para desearle un viaje feliz a Reims.

Teophanie estaba a su lado: era la niñera privilegiada que recordaba los días en que lo había tenido en la falda y le había enseñado a dar sus primeros pasos vacilantes.

–Cuidaos, señor René, manteneos aparte de estos trastornos. No os acerquéis a esos borgoñones... gente maldita... que traiciona a su propio país. Y decidle a Marie que pienso en ella y que nunca debe perder los estribos. Decidle que es ahora una reina... de veras. Decidle que Teophanie quiere estar orgullosa de ella.

René sonrió y le besó la mano. Encantador René, el mejor de todos ellos... siempre tan amable y cortés, un verdadero caballero. Ella esperaba que él fuera capaz de protegerse a sí mismo en caso de ponerse en contacto con aquellos perversos borgoñones o con los ingleses, todavía más perversos.

Habían pasado dos años desde el viaje de René a Reims para asistir a la coronación de Carlos VII. La guerra todavía no había terminado, como muchos optimistas habían profetizado. La Doncella había sido capturada por los borgoñones y vendida a los ingleses, que la habían quemado en

la plaza de Rouen. Aquella fugaz gloria había pasado... aunque no del todo. Juana había hecho lo suyo. El destino de Francia había cambiado y, aunque todavía había ingleses en Francia –y en posiciones dominantes– Orleáns había sido recobrada, así como varias otras ciudades, y había un rey de Francia coronado. Los ingleses habían traído su reyezuelo de Inglaterra y lo habían coronado, pero no en Reims. Ah, no, Reims seguía en manos francesas. Habían tenido que contentarse con una coronación en París y todo el mundo sabía que coronar en París no era lo mismo que coronar en Reims.

René visitaba frecuentemente a su familia en el castillo de Keure. Pasaban días muy felices cuando él iba, jugaba con los niños y les contaba cuentos. Era mucho más tierno que la madre y los niños lo adoraban. Incluso la pequeña Marguerite, de dos años, esperaba su llegada y lanzaba gritos de alegría al verlo.

René dijo a Isabelle:

–Ésta es mi vida. Me siento mucho más feliz aquí, con mi familia, que en la corte.

–Sin embargo te gusta ver a tu hermana.

–Así es, pero ella sabe cuidarse sola.

–Y también Carlos, se diría.

–Ella y mi madre tienen mucha influencia sobre él. El rey ha cambiado, Isabelle. La aparición de esa muchacha de Domrémy ha tenido un profundo efecto sobre él. Me dicen que ella le aseguró que él era hijo legítimo del rey.

–No es un hecho tan auspicioso –comentó Isabelle–. ¿Qué hay de bueno en ser hijo de un loco y tener derechos a la corona? ¿O estar libre de taras y no tener ningún derecho? Una elección difícil.

–No para Carlos. Él está convencido ahora de que tiene derecho a usar la corona y al parecer se está librando de su antiguo aletargamiento. Ahora piensa realmente en liberar a su país y devolverle la prosperidad.

–Tal vez lo haga... si tu hermana lo ayuda.